



# El ermitaño

# Thomas Rydahl



# El ermitaño

Thomas  
Rydahl

Traducción  
de Lisa Pram

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1334

Título original: *Eremitten*

© Thomas Rydahl, 2014

Publicado por primera vez por Forlaget Bindslev, Dinamarca, en 2014

Publicado de acuerdo con Busch Agency, Dinamarca

© por la traducción, Lisa Pram, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-233-4953-1

Depósito legal: B. 6.796-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

**Luisa**

*31 de diciembre*

Es Nochevieja. Erhard, un poco borracho después de haberse tomado un lumumba triple, decide que va a buscarse una novia nueva. Quizá «nueva» no sea la palabra adecuada. La chica no tiene que ser ni guapa ni dulce. De hecho, ni siquiera hace falta que sea divertida. Sólo tiene que darle un poco de calor. Como una de esas chicas que se sienten las reinas de su casa. De esas que siempre tararean una canción o le echan la bronca al marido porque se le ha caído un poco de cacao al suelo. ¿Qué más podría pedir? No mucho. ¿Y qué tiene él para ofrecerle a una mujer? No mucho. El tiempo sólo complicará las cosas; dentro de un par de años esa mujer también tendrá que vaciarle el orinal, afeitarle la barba y quitarle los zapatos cuando vuelva a casa después de un día entero al volante, si es que para entonces todavía puede seguir conduciendo. Dentro de un par de años.

Parece como si el lado de la montaña que queda a unos metros de la casa hubiera desaparecido. Todo está oscuro. Si sigue sentado durante unos minutos, verá aparecer las estrellas. Y, si se queda quieto un rato más, verá el fino halo que desprenden las estrellas fugaces al cruzar el firmamento. El silencio aumenta y ahoga el calor que ha hecho durante el día. Las piedras siguen crujiendo sutilmente, el viento constante sopla en do mayor, las olas embisten la costa y suenan como un bajo. Erhard nota cómo la sangre fluye por sus venas. El silencio hace

que, durante toda la noche, tenga unas ganas tremendas de llorar. El silencio es tan rotundo que se fusiona con la noche y con los ojos abiertos de Erhard, aunque parezca que los tenga cerrados. Por eso le gusta vivir tan lejos de todo. Donde nunca hay nadie. Solo él. Y *Laurel y Hardy*. Ahí están las estrellas y, aunque siempre han estado en el cielo, nunca las había sentido tan cerca. Al principio, ve sólo unos puntitos, luego aparecen los signos del zodiaco y el cinturón de Orión... Después toda la galaxia, que parece un viejo mapa perforado que almacena ecos del Big Bang.

Hace diecisiete años y nueve meses desde la última vez.

Olfatea y nota el perfume de Beatriz en su camisa, justo en el lugar donde ella le rozó con la mano cuando se despidieron esa misma tarde. Le había invitado a ir con ellos por la noche. Había sonado como una propuesta hecha a medias, con desgana.

—Tengo otro plan —había contestado a regañadientes, como solo saben hacerlo los viejos.

—Venga, hombre, ánimo —le había insistido ella con dulzura.

—No, gracias. Es demasiado elegante para mí.

Eso era verdad. Beatriz no comentó nada al respecto. Pero Raúl sí:

—Tú eres una de las personas más elegantes que conozco.

Pero ya no se volvió a hablar más del tema. Cuando empezaron a sacar las copas de champán, besó a Beatriz en la mejilla, le deseó felices fiestas y bajó a la calle. Raúl se fue con él.

—Buen viaje —dijo Erhard al salir y toparse con una multitud.

Silón, el tendero, les deseó un feliz Año Nuevo desde la acera de enfrente. Es probable que se lo deseara sobre todo a Raúl, allí todo el mundo le conoce. Erhard se

acercó al coche y volvió a notar la inquietud que siempre le acechaba por esas fechas. Un año más, igual al anterior; otro año que también se ha hecho de rogar.

«Salud, amigo mío. Está bien cargadito de coñac.»  
Le quema por dentro hasta llegar al estómago. La noche es cálida. Siente el cuerpo chispeante y caliente. Quizá porque esté pensando en Beatriz y en esa zona donde se separan sus pechos y se esconden bajo la camisa. La fragancia que desprende también sale de ese lugar. Joder. Intenta no pensar en ella. No debería perder el tiempo fantaseando con esa muchacha.

La hija de la peluquera. En ella sí que puede pensar. Tiene algo especial.

Nunca la ha visto en persona. Sólo una vez, y de lejos. Pero muy a menudo mira una fotografía suya colgada en la peluquería. Piensa en ella. La imagina en situaciones cotidianas. Pequeñas escenas, como el momento en que la chica entra en la peluquería y la campanilla de la puerta suena a sus espaldas. Se la imagina sentada delante, apoyada sobre la mesa mientras él termina su cena. O en la cocina, la de él, preparando algo que humea y salpica sobre los fogones. En realidad, es demasiado joven para él y seguramente tenga intereses muy diferentes a los suyos. Además, tampoco es su tipo de mujer. ¿Qué le dice un hombre a una muchacha así para impresionarla? Seguro que ni siquiera le gusta cocinar. Debe de ser de esas que se pasan las horas hablando por teléfono con sus amigos, como hacen todos los jóvenes hoy en día. A lo mejor, para cenar, come los fideos directamente de la caja de cartón y sin levantar la vista de la pantalla del ordenador. En la foto de la peluquería es una adolescente: parece la inocencia personificada, con abundantes rizos y unas enormes gafas masculinas. No es guapa, pero tampoco es de las que pasan desapercibidas. Ahora debe de rondar los treinta años, y, por lo visto, sigue siendo una chica dulce y lista... Pero, claro, eso es lo que dice la

madre, y vete a saber si es verdad. La única vez que vio a la chica la reconoció enseguida por su melena rubia y rizada. Estaba cruzando la calle, andaba con la espalda muy recta y llevaba un bolso colgando del hombro; parecía una mujer segura de sí misma. Cruzaba deprisa porque un coche pasaba a gran velocidad. No era elegante, parecía incluso un poco patosa. Erhard no sabe muy bien por qué piensa tanto en ella. Será cosa de esta isla, que lo devora por dentro. El viento gime cuando choca contra las rocas y al doblar las esquinas. Es como una melodía solitaria que se repite constantemente en el piano.

La culpable de todo este lío es Petra. Y su voz tan escandalosa y estridente. La voz con la que trata de apaciguar a los clientes de su peluquería. A veces dice cosas razonables y a veces contradictorias, sin importarle que uno esté hojeando una revista o leyendo un artículo sobre el equipo de fútbol de la isla. Una mujer dura que cree que el cariño se tiene que exigir. Le masajea la cabeza a Erhard sin dejar de hablarle de su hija. Le cuenta cosas como que la niña se ha ido a vivir sola, que se ha comprado una moto, que ha conseguido un cliente nuevo, que ha dejado a su novio y que le encantaría tener nietos. A ella. A la hija no. Y, hace unos meses, de repente le soltó: «Ojalá mi hija saliera con alguien como tú». Así, tal cual. Lo dijo mirándole a los ojos a través del espejo. Y luego: «Mi hija no es como las demás, pero tú tampoco lo eres». Se habían reído un poco con ese comentario. Más ella que él, la verdad.

Erhard se había quedado pasmado. Nadie debería soltar una cosa así y quedarse tan ancho. Vender a su hija de esa manera, delante de sus narices. ¿Qué significaba? ¿Ahora se suponía que tenía que invitarla a salir? ¿Acaso no sabe Petra cómo le llaman en la ciudad? ¿No se ha dado cuenta de que le falta un dedo? ¿Y no le parece importante la diferencia de edad? Se llevan, por lo menos, treinta años. Erhard debe de tener la edad de la

madre, o incluso más. Pero la verdad es que Erhard se siente atraído por la situación. Una generación que echa una mano hacia atrás para estirar la próxima hacia delante, como ese dibujo de Escher que muestra dos manos que se dibujan la una a la otra. Cinco dedos en una mano y cinco en la otra. 5 + 5.

«Ojalá mi hija saliera con alguien como tú», había dicho. Alguien como él.

No él, sino «alguien» como él.

¿Y qué significa eso? ¿Que hay muchos hombres como Erhard? Hombres que han hecho lo mismo durante casi una vida entera, que son incapaces de dar el paso, que no se cuestionan nada. Un débil silbido que sale del culo del mundo; hoy aquí, mañana tan sólo el recuerdo de algo que olía muy mal.

Suenan los fuegos artificiales de la ciudad.

¿Y si lo hiciera ahora mismo? ¿Podría pasar por su casa y preguntarle si quiere salir a dar una vuelta? ¿Ahora mismo? Así ya está hecho. Sabe que el lumumba es lo que domina sus acciones. Sabe que el coraje le durará como mucho un par de horas, hasta que se le pase el efecto del alcohol. Son las diez y cuarto. Lo más probable es que esté en una cena llena de hombres jóvenes que lo saben todo sobre ordenadores. O puede que esté en casa, sola, igual que él. Tal vez esté mirando ese horrible programa de televisión que emiten cada año. La madre le ha explicado varias veces dónde vive su hija: «En uno de los edificios nuevos de la calle Palangre. Encima de la tienda de ropa para bebés». No pasaría nada si se asomara por allí para ver si está en casa. Para comprobar si la televisión o las luces están encendidas.

Se apoya en la pared exterior de la casa y descuelga un par de pantalones rígidos que tenía tendidos. Las cabras corretean y desaparecen en la oscuridad.



## 2

Baja por el caminito de Alejandro en dirección a la ciudad.

No debería ir por ahí. Ese camino destroza el coche. Ya ha tenido que reparar los ejes un par de veces. El mecánico, Anphil, no para de decírselo: «No vayas por la carretera del norte, ¿vale? Tampoco vayas por el camino de Alejandro. Tu coche no aguanta esos trotes. Tendrás que comprarte un Montero o uno de esos Mercedes nuevos si quieres ir por esos caminos, porque éste no los resistirá». Pero Erhard no quiere un Montero y, desde luego, no puede permitirse un Mercedes nuevo. De hecho, aunque pudiera, no lo querría. Él quiere el suyo, el que compró para la empresa y trajo de Marruecos. Quiere ese que tiene los asientos amarillentos y el pedal del acelerador tan rígido. A pesar de todo, decide ir por el caminito de Alejandro. Pasa cerca de la casa vieja de Olivia, donde ahora viven unos surfistas que dejan las tablas amontonadas sobre el tejado de la cabaña. También han improvisado un mástil en el que, al viento, ondean unas bragas rosas. Conviven un par de tipos y sus colegas. Algunas mañanas están sentados en el porche. Fuman tabaco en pipas enormes, le saludan con la mano y se parten de risa. Van fumados todo el día. Si a alguien se le ocurriera detener el coche para llamarles la atención, no podrían ni levantar el culo de esos muebles hinchables en los que viven. En ese momento, no hay

nadie en la cabaña, no se ve luz. Deben de estar fuera, en la playa o en la ciudad.

Llega a la primera curva que bordea la costa, esa que tanto le gusta. Sobre todo cuando ha bebido y la embriaguez del coñac barato fluye por su cuerpo. Es un camino lleno de baches suaves y pequeñas piedras. Toda la carrocería tiembla. Pierde el control del coche cuando lo pone a más de setenta. Nota el cosquilleo y sonrío. También se le escapa un pedo: eso ya no le hace tanta gracia. Hace años que le pasa y no puede remediarlo. Cuando tensa los músculos del estómago, una burbuja de aire recorre inmediatamente los intestinos para aterrizar en sus pantalones. Eso le produce alivio, pero también cierto dolor. Ahora el camino es descendente. Se acerca a la última curva. Los faros del coche iluminan una cabra que está en medio del camino. Erhard pasa a su lado y la observa por el espejo retrovisor. Se parece a *Hardy*, pero no puede ser él. No podría haber llegado hasta allí, jamás se alejaría tanto de casa. La cabra ya ha desaparecido en la oscuridad.

Está tan absorto en sus pensamientos que no ve llegar un coche de frente. Pasa a su lado como una sombra, demasiado cerca. Erhard escucha un golpe seco y ve el espejo retrovisor aplastado contra la ventanilla.

—Jodido novato —grita en danés, sorprendido de sí mismo. Parece que no se le han olvidado las palabrotas.

Se vuelve para ver el otro automóvil, pero la noche ya ha borrado sus faros rojos. No vale la pena salir para ver el destrozo. Simplemente, baja la ventanilla y recoloca el retrovisor. El espejo está roto, partido en ocho finísimas líneas: parecen las raíces de un árbol.

Un Montero negro. Seguro que era Bill Haji. Él vive un poco más arriba, en una mansión con caballos que parece un rancho. Todos saben que suele ir por el caminito de Alejandro como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Conduce deprisa y con brusquedad. El corazón de Erhard debería estar acelerado, pero no es así. Será cosa del efecto

anestésico del lumumba o de los nervios que siente ante la posibilidad de encontrarse con la hija de la peluquera.

Sigue el camino y llega a Corralejo. El calor parece desprenderse del asfalto. Algunos grupos de jóvenes tocan los cláxones y cantan a todo pulmón desde sus pequeños coches. Conduce por la avenida principal, camino del puerto, para aparcar el coche en la calle Palangre. Estaciona como puede.

El plan es ir a casa de la hija de la peluquera y llamar a su puerta. Se ruboriza al imaginarse la cara de esa chica cuando lo vea allí de pie, en su entrada. «Buenas noches y buena entrada de año —dirá—. Te he visto en fotos, en la peluquería de tu madre.» Imagina que lleva uno de esos vestidos veraniegos con tirantes que resbalan y caen por los hombros. No le importa que lleve gafas. Él no es quisquilloso.

Sin embargo, cuando llega a la tienda de juguetes, ve que no hay luz en la casa. De hecho, no hay ni una sola luz encendida en los tres pisos del edificio. A lo mejor está mirando la televisión, tomando vino blanco, deseando que alguien llame a su puerta para invitarla a salir. Erhard necesita un trago de algo fuerte que lo anime y lo ayude a desinhibirse. No tiene sentido estar allí con cara de circunstancias, mirándola como un jodido extranjero. Sube la calle y luego sigue por la vía Ropia. Baja hacia Centro Atlántico. Siempre hay mucha actividad allí, mucho turista y gente que no conoce. Entra en Flicks y se acerca a la barra. Pide un *rusty nail* e invita a un par de campesinos a una ronda. Los dos se dedican al cultivo de olivas y, desde luego, no están acostumbrados a la vida nocturna de la ciudad. Su primera idea era ligarse a unas señoras, pero resulta que han acabado arrinconados detrás de una palmera, como dos ratoncitos asustados que casi ni se atreven a salir de su escondite.